

UN AUTOCRATA SE VA

ABUSO de poder; todas las acusaciones realizadas contra Nixon, las que han prevalecido en la Comisión Judicial del Congreso, las que retiene —y retiene aún— la justicia, las que prevalecen en la opinión pública, se resumen en ésta. En principio, parece absurdo: el Presidente de los Estados Unidos tiene en su mano lo que a un ciudadano del mundo le parecen todos los poderes. Desde el sábado, todas las noches se sienta a la puerta del dormitorio de Mr. Ford un oficial de guardia, con una cartera en la que están todas las claves para poner en marcha automáticamente los «missiles» nucleares, todos los grandes bombarderos, todo el arsenal atómico que puede destruir el planeta en unos segundos. Teóricamente, el Presidente puede levantarse a media noche y destruir la Tierra. ¿Cómo a este «Júpiter» se le puede acusar de abuso de poder porque se llevó unos cuantos dólares para su casa de campo, aceptó una propina de los lecheros para subir los precios, espía a la oposición o movió los hilos de las Policías especiales para apartar la persecución de sí mismo y de sus cómplices? Precisamente en esta distinción sutil está la esencia del mundo que se quiere hacer, del mundo moderno, con respecto a las Edades antiguas, medias o renacentistas: el autócrata no es tal si sirve al pueblo, porque su poder es el de todos; lo es en cuanto se sirve a sí mismo de ese poder. Lo que se ha condenado tan cruelmente en Nixon no es tan sólo un comportamiento irregular, ni tan sólo a él. Se han condenado los bombardeos de Vietnam, la invasión de Camboya, la creación de dictaduras en Grecia y en Chile. Tampoco son sólo los congresistas, la prensa y la justicia de los Estados Unidos los que han condenado, sino una opinión pública, una opinión mundial. Todos en este mundo hemos estado más o menos gobernados por Nixon, o influidos por él (incluso los soviéticos, incluso los chinos), o por un abuso de poder que ha ejercido una forma imperial de gobierno. Todos vamos a estarlo también por Ford. Todos preferimos que el Presidente de los Estados Unidos tenga que dar cuentas a un pueblo de cada uno de sus actos. Lo que ha caído con Nixon es una dictadura, una autocracia. Gana una forma de la democracia.

ESTE autócrata se va de una manera tan lamentable como ha vivido en la Presidencia, y como ha llevado su carrera política anterior. Se va con la mentira en los labios. Ha anunciado su dimisión señalando que se debía a que había «perdido el apoyo político del Congreso para su labor como Presidente», lo cual es a todas luces incierto. Lo que ha perdido es la estimación humana de su país y del mundo. Y no debido a lo que decía en sus palabras de despedida: a haber cometido «errores de juicio» por «los mejores intereses de la nación», sino algunas villanías en servicio propio y para aferrarse a un poder personal. Durante dos años ha bloqueado el normal desarrollo de la política en su país, ha mantenido una situación morbosa, ha mentido incesantemente, ha destruido la confianza del pueblo en su Gobierno para su propio bien. Cuando el nuevo Presidente, Ford, haya pronunciado la frase «Ahora la pesadilla ha terminado», a pesar de la fidelidad —casi servidumbre— que ha mantenido a Nixon durante su propia vida política, estaba describiendo una verdadera situación. El «sueño americano» se había convertido en pesadilla. Son temas en los que hay que insistir, pese a la falta posible de elegancia que supone enseñarse con el caído —para qué turbios y rufianescos fines ha servido la elegancia en la Historia y en la política—, simplemente por una razón de estricta utilidad: para evitar que ahora se difunda la mitología de Nixon como mártir, la leyenda de que, después de todo, el castigo no está en relación con el delito, o la cinica versión de que todos los políticos son iguales; mucho menos, la teoría conspirativa, la que atribuye otras intenciones a la acción contra Nixon. Esta última era su tesis preferida. Será la que defienda desde el despecho de su infierno de San Clemente en los libros y escritos, para los que le ofrecen ya más de dos millones de dólares. Hay que alegrarse de la caída de Nixon, como de la de Caetano, como la de la tiranía griega, o como un día de la de Chile. Aun-

que sus consecuencias inmediatas serán, sin duda, otras. La revolución y guerra civil de los Estados Unidos tiene otras características.

¿QUE va a pasar ahora en los Estados Unidos? En primer lugar, que ha desaparecido la tensión entre el Congreso y la Presidencia: Ford está aceptado y nombrado por todos los congresistas, y Kissinger, por casi todos. Sin esa tensión, probablemente el gobierno del mundo sea más decente. No hay que pensar que la línea de coexistencia deba cambiar. La línea de coexistencia está por encima de los Presidentes y de las políticas de los Estados Unidos y de la URSS: es un hecho propio de la dinámica de vida, una resultante obtenida de varios sectores. Ni la carrera, ni la filosofía política de Nixon parecían designarse para ser el político de la coexistencia; si lo resultó ser fue porque sus computadores propios le indicaron que sólo así podría ponerse a la cabeza del país en 1968 y en 1974. Ciertamente esta línea puede torcerse durante un tiempo o durante algunos años: ya sucedió a partir del asesinato de Kennedy y la adquisición de poder por Johnson. Sucedió contrariando a un pueblo que había derrotado a Goldwater en las elecciones de 1964, y como sucedió contrariando a ese pueblo, Johnson tuvo también que dimitir. Si no nos atenemos a los oficialismos administrativos, a la historia formularía, recordemos que Nixon no es el primer Presidente que dimite: Johnson, al no presentarse a las elecciones de 1968 para obtener un segundo mandato y al anunciarlo un año antes, realizó una dimisión tan real como la de Nixon, y por la misma causa: de una crisis, de una crispación de la sociedad. El final de los tres últimos Presidentes de los Estados Unidos —Kennedy, Johnson y Nixon— ha sido irregular, insólito (quizá el asesinato que eliminó a Kennedy sea el procedimiento más frecuente en la Historia de Estados Unidos de quitarse de en medio a un Presidente antes del final de su mandato). Durante los últimos catorce años, la Historia de los Estados Unidos es la de una crisis de poder, la de una guerra civil. Esperemos que con la caída de Nixon se haya comenzado a resolver.

La coexistencia, por lo tanto, es indiscutible. Poco importa que Goldwater vaya a la Presidencia, si va, y que el belicista Jackson esté maniobrando con todas sus fuerzas de presión para acceder a la Presidencia en 1976 por el partido demócrata; puede ser una inflexión en el camino de la Historia, pero nada más (naturalmente, sin creer en deter-



Con Nixon, el «sueño americano» se había convertido en pesadilla. En la foto, durante su discurso de despedida de la Casa Blanca. Junto a él, su esposa y su hija Tricia.



Este autócrata se va de una manera tan lamentable como ha vivido en la Presidencia y como ha llevado su carrera anterior. Nixon, visiblemente disgustado dice adiós al personal de la Casa Blanca desde la escalera del helicóptero que debía trasladarlo a la base aérea de Andrews.

minismos históricos, y siempre con la posibilidad de unas marchas atrás. Solamente conviene señalar que esta época es así mientras dura, y que el equilibrio alcanzado por las grandes potencias no permite otro tipo de acción).

El papel imperial de los Estados Unidos y su forma de pesar sobre el mundo no deberá de cambiar inmediatamente. No tiene por qué cambiar. Quizá veamos un entendimiento próximo con Cuba: Fidel Castro había anunciado que era imposible mientras Nixon estuviese en el poder. Sabía por qué lo decía: porque Bebe Robozó, su cómplice en los Watergates, mantenía sobre la Casa Blanca la presión del «lobby» cubano. Quizá veamos algunas injerencias menos en asuntos internos. Todo ello está realmente presente en las estructuras políticas actuales, las mismas que han permitido los cambios en Grecia y Portugal, y que han ocasionado los más recientes cambios políticos en Europa. Estamos asistiendo de verdad al deshielo de la guerra fría y de la posguerra, con todos los corrimientos de tierras que ese cambio general de la estructura política lleva consigo. Se trata de una eliminación de autocracias, de un regreso de fórmulas más democráticas y abiertas. No hay por qué creer que las nuevas democracias van a resolver los problemas del mundo, o que puedan ser un fin en sí, pero son un tránsito. Son la negación de todo lo anterior, que merecía ser negado y bien negado, y, por lo tanto, hay que acogerlas como un movimiento positivo. Insistamos en que el destronamiento de Nixon está en ello: la desaparición del papel del Presidente de los Estados Unidos como autócrata, y su sustitución por unos estamentos democráticos ideales hace doscientos años, pervertidos desde hace doscientos años —salvo breves intervalos estelares— tiene una importancia. Una importancia de rectificación.

PROBABLEMENTE, los dos años que ha de estar Ford en la Presidencia, hasta que se celebren nuevas elecciones presidenciales, en 1976, van a marcar un suave tránsito en ese sentido, dentro y fuera de los Estados Unidos. No hay que pensar que ciertos mundos poderosísimos —las industrias, el comercio, las armas— van a aflojar sus riendas ni a perder su imperialismo, pero sí hay que pensar que esos mismos mundos saben ya cuál es el peso del control democrático, por una parte; por otra, que saben que las sociedades actuales, en tanto que sociedades de negocios y compraventa, deben ser manejadas con una sutileza muy distinta de la pesada manaza de Nixon. A partir de finales del año próximo veremos cómo los dos partidos tradicionales de los Estados Unidos evolucionan hacia las elecciones, cómo recogen la opinión pública del país y del mundo y cuáles son los programas y los nombres de los aspirantes a candidatos. Será entonces cuando se note realmente la profundidad del cambio. ■

LOS CONTEM PORAN EOS

TO IMPEACH = IMPICHAR

El neologismo "impichar" (to impeach) no va a hacer, sin duda, fortuna. Probablemente los hispanófonos de los Estados Unidos lo habrán adoptado ya, con la facilidad que tiene el inmigrante para hacer de dos

idiomas reales un idioma imaginario, como los españoles de Francia y Bélgica dicen "chambra" por habitación o aseguran que "crevaron un neu" (crêver un pneu) cuando se les pinchó una rueda del automóvil. Impichar es un neologismo de resonancias casi obscenas. Por los países latinos no se impicha —con perdón— a nadie, ni nadie se deja impichar. El juego va por otras vías.

Por estas repúblicas de Occidente, las gentes se preguntan "¿qué hay detrás de lo de Nixon?". ¿Detrás? "Utilizó un juego sucio, un sistema de espionaje para evitar que ganara la oposición". No, no parece que sea un argumento. En todo caso, dicen: "Podía estar contenta la oposición: en lugar de condenarla a la cárcel o de enviarla al exilio, le ponía microfones en un hotel de lujo... Este Presidente era un buen hombre...". "Es que además falsó sus declaraciones de impuestos". "¿Y quién no tiene un amigo contable que en cuanto llega el mes de enero se pone a trabajar en las declaraciones del Impuesto sobre la Renta? Eso está al alcance de pobres y ricos...". "Pero, demonios, se llevó dinero del destinado a la campaña electoral para arreglar su casa de San Clemente". "¿Dinero que sobra! Con los microfones ahorra mucho dinero a su partido, salta más barato ganar. Y quería tener una residencia secundaria, como todo el mundo...". "¿Y el dinero que aceptó para permitir que subiera el precio de la leche?". "Bueno, si dependía de él la subida, es natural que le dieran una comisión...". "¿Y el abuso de poder?". "¿No se ha dicho siempre que es el hombre con mayor poder del mundo? ¿Cómo puede abusar de poder, si lo tiene todo? Un hombre que tiene la facilidad para

disponer que se bombardeen las ciudades de Vietnam y mueran miles de personas, que se invada Camboya y se envíen armas a Israel en guerra; un hombre que puede decretar la alarma nuclear en el mundo entero

con una simple llamada de teléfono, ¿no iba a poder decir al FBI y a la CIA que dejasen de investigar sus asuntos personales, no iba a poder despedir a un juez que se metía demasiado con sus amigos y con él mismo?". Con esta lógica los ciudadanos de Occidente no entienden bien el caso de Nixon. Y buscan qué pueden estar buscando los senadores, los congresistas, los jueces, los periodistas. "Representan al pueblo". Pero el pueblo, para ellos, es una masa que sale al campo los domingos, que viaja en "metro" y dice "jo" cuando le suben los precios, que se rasca la cabeza cuando no entiende algo, y todo lo más, que esboza una huelguilla, que juega al mus —o a la "belotte" o a la petanca— y que se adormila viendo la televisión. La idea de que el pueblo es un Senado, una Cámara, un Juzgado o un periódico no acaba de comprenderse bien. ¿Cómo puede el pueblo impichar a nadie? ¡A él sí que le impichan, con toda la grosería que el vocablo comporta! Y mucho menos obligar a dimitir a nadie.

No, no; aquí hay algo detrás... Prefieren creer que todo es un asunto de faldas, en el extremo máximo de sus explicaciones posibles; o, en el menor, algún nuevo gran negocio (¿más armas, ¿alguna guerra... para la que el impichado era un obstáculo y el impichante necesitaba quitárselo de en medio?). A alguien le he oído decir serenamente en estos días: "Se lo tiene bien merecido, por tonto. Yo no hubiese dejado sana una sola cinta magnetofónica. Ni un recibo, ni nada. Y si había testigos, se les soborna o se les elimina...".

Y es que Nixon, en el fondo, y por comparación, resultaba un apasionado de la democracia. ■

POZUELO